

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



CERVANTES.



Encom a las diminutas proporciones de un artículo de periódico la multitud de variados incidentes que abraza la vida del inmortal autor del Quijote, sería vano empeño cuando no

Segunda serie. — Tomo II.

meneguese el interés que constantemente inspira la memoria de tan celebrado ingenio. Proverbial su pobreza; conocida su profesion de soldado en los tercios españoles; señalado por su valor en el memorable combate naval de 18 de octubre de 1606.

Lopanto, en cuyas aguas quedó humillado el orgullo otomano por la pericia y denuedo del insicto Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V; no ignorada de nadie su cautividad en Argel, ni su arrojo y perseverancia por librar de las cadenas á sus compañeros de esclavitud, únicamente faltaba conocer menudamente hasta las mas pequeñas circunstancias acerca de su origen y nacimiento, estudios, viages, empleos que tuvo después de su regreso á España, y cuantas particularidades pudieron ayudarnos á formar sobal idea de su carácter, hábitos é inclinaciones. Mas esa falta, que sin duda aumentaba en los amantes de nuestras glorias literarias el deseo de conocer al autor de un libro que sirve de instrucción y agradable entretenimiento á todos los pueblos cultos de Europa y América, y cuya lectura pertenece á todos los siglos y á todas las sociedades, la cubrió ampliamente el Sr. D. Martín Fernández de Navarrete. A su erudición y exquisita diligéncia debemos el conocer la verdadera patria de Cervantes, disputada hasta entonces por todos los pueblos que ambicionaban la gloria de haber servido de cuna á tan ilustre escritor. Madrid, Sevilla, Lucena, Toledo, Esquivias, Alcázar de San Juan y Consuegra creyeron por algun tiempo poseer cada uno de por sí honor tan distinguido, fundándose para ello en algunos pasajes oscuros de las obras del mismo Cervantes; pero el Sr. Navarrete ha demostrado de una manera auténtica y convincente, que aquel nació en Alcañal de Henares, donde fué bautizado en la parroquia de Santa María la Mayor el día 9 de octubre de 1547: por lo tanto nadie puede ya despojar á esa ciudad de la gloria que inutilmente se han disputado los demas pueblos referidos. Remítanos, pues, á cuantos apetezcan conocer todas las singularidades de la vida de Cervantes, á la que escribió el Sr. Navarrete, y fué publicado en 1815 por la Academia Española.

Tampoco respecto de sus obras nos ha dejado tibia alguna que desempeñar la posteridad de Cervantes: la crítica ha empleado sus mas delicadas armas para hacer patente todo su mérito, así como sus errores: el juicio acerca de sus escritos se ha fijado de una manera irrecusable que nadie ignora, y que cede en loor suyo, pues que aparece como el primer novelista de Europa, á pesar del transcurso de tres siglos, y de la diversidad de formas y gusto que ha adoptado la moderna literatura.

Sin embargo, ¿podrá decirse por eso que el exámen de las diversas obras de Cervantes no da margen á nuevas consideraciones literarias, ya se comparen aquellas entre sí, ya se consideren con relacion á la época en que se escribieron? A mí parecer no. Yo creo que en las obras de Cervantes hay dos autores distintos; uno que pertenece á la escuela italiana, otro á la escuela de la antigüedad. Veamos el modo de hacer evidentes esta proposición en cuanto lo permitan los estrechos límites de un periódico.

No me detendré á enumerar las cosas á que debió su renacimiento en Europa, y singularmente en Italia, la literatura clásica de los griegos; ni tampoco la adulteración que sufrió en la Grecia moderna, degradada y envilecida hasta el punto de ser presa de los otomanos. Baste á nuestro intento saber, que las semillas del buen gusto se esparcieron por Italia, dando en ella sazónados frutos, de que participaron las demas naciones del continente. España, que por sus conquistas en aquel país se hallaba en disposición de sacar mejor partido de la nueva cultura italiana, tomó de ella lo que bastaba para dar mayor lustre á su literatura, en términos de advertirse en la del siglo XVI la belleza, el vigor y lozanía que respiraban las obras del Daute, del Ariosto, del Tasso,

del Petrarca y de otros varios que procuraban levantar las letras del abatimiento en que yacieran hasta entonces.

Cervantes, durante su mansion en diversas capitales de Italia, estudió aquellos autores de la misma suerte que lo hicieron Cristóbal de Mesa, Francisco de Figueroa, Torres Naharro, el doctor Mira de Amescos, Bartolomé de Argensola, Suárez de Figueroa y otros varios españoles. Natural era, pues, que siguiese en sus escritos las huellas de una nueva escuela muy superior á la que habia recibido en su patria, sin que por eso perdiese de vista los excelentes modelos de la antigüedad, como lo patentizó en algunas imitaciones que hizo de Apuleyo, de Heliodoro, de Horacio, de Virgilio y aun de Homero.

Pero en Italia comenzaba á tomar incremento á la sazón un nuevo género de literatura, hijo bastardo de la antigua epopeya. Habia sucedido á esta durante el imperio griego el romance; esto es, un especie de epopeya humilde, y por decirlo así, casera, en que no las acciones heroicas, las grandiosas empresas, los trastornos de los imperios y las trágicas desgracias de los príncipes; sino los amores domésticos, las intrigas de ambiciosos oscuros, y las quisquillosas rivalidades de amantes desdenados formaban el fondo poético de sus argumentos, todos ó la mayor parte fabulosos. Los romances de Antonio Diógenes, primer autor de ellos entre los griegos, el de Genofonte de Efeso, ó los amores de *Alrocoma* y *Anthia*, el de *Tedgenes* y *Cariclea*, de *Elidoro*, obispo de Trica, y el de los amores de *Clitofonte* y de *Lensipe*, de Aquiles Tacta, escritores del siglo IV de la iglesia, y posteriormente ó sea en el bajo tiempo de la literatura griega, los romances de Eamscio, Teodoro Pandromo, Niceta Eganiano y Constantino Monases despertaron en Europa el gusto hácia ese nuevo género de literatura.

Los romances pastoriles ó sean composiciones bucólicas, mezcla de prosa y verso, comenzaron á aparecer en Italia á principios del siglo XVI. Jacobo Sannázaro dió el ejemplo en su *Arcadia*, y de allí se introdujo con acollado en nuestra España, como lo acredita la buena acogida que tuvo la *Diana* de Jorge de Montemayor, que aunque portugués, logró introducir en Castilla el gusto por los romances bucólicos. Así fué que Alonso Pérez y Gaspar Gil Polo continuaron el mismo argumento, el pensamiento mismo de la *Diana*; imitaronlos por igual estilo Luis Galvez de Montalvo en *El pastor de Filida*; Suarez de Figueroa en *La constante Amarilis*; Valbuena en *El siglo de oro*, y Lope de Vega en su *Arcadia*; con cuyo título, idéntico al libro de Sannázaro, indicó aquel célebre poeta el origen italiano de semejante género de composiciones.

Cervantes, jóven y alentado por el ejemplo, no quiso ser menos que los demás poetas de su época, y escribió *La Galatea* bajo la panta de los modelos que tenía á la vista, tributando con ese romance pastoril su primer homenaje á la nueva escuela y á la lengua en que los habia estudiado, pero sin menoscabo. He aquí, pues, á Cervantes puramente imitador, y sin poder entregarse todavía á las inspiraciones de su propio ingenio.

Introdujose tambien por entonces con bastante crédito otro género de composiciones de ingeniosa invención, en que descartadas las proezas militares y los amores pastoriles presentaban sus autores cuadros de la vida comun, lecciones de la vida social, retratando al vivo los vicios y ridiculezas de ciertas clases de la república: género de literatura que igualmente debimos á los italianos, y del cual tenemos el tipo en el *Decamerón* de Boccacio. El *Patralmelo* de Juan de Timoneda, *La selva de aventuras* de Gerónimo de Contreras, y otras alegres y

picarreas como *El Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache* eran en el siglo XVI raudales nacidas de aquella misma fuente, y de antiguas traducciones como la del *Aeneas* de Apuleyo.

De nuevo se nos presenta Cervantes como imitador de la escuela italiana en sus *Novelas ejemplares*, en la de *La tía fingida*, y en el *Viaje al Parnaso*, imitación del de César Caporali, romance crítico de la literatura de su tiempo, templado y urbano cual lo era el carácter del autor aun contra sus mismos Aristarcos, y aun cuando lamentaba sus desgracias y estremada pobreza. Lo más singular que se advierte en el gesto literario de Cervantes es, que de edad avanzada, cercano al sepulcro, y después de haber dado con feliz éxito suelta libre y venturosa á su inagotable imaginación en la nunca bastantemente alabada obra del *Quijote*, todavía se sometiese á la condición de imitador en la embrollada fábula de *Persiles y Sigismunda*, quien con tanta destreza y valentía logró ser incomparablemente original en la del *Ingenioso hidalgo de la Mancha*. Anomalía es esta que tan solo pueda explicarse por el imperio del hábito y del ejemplo; imperio en tal manera poderoso que obligaba al mismo Cervantes á mirar su *Persiles* como la página más brillante de su reputación literaria.

Así lo creyó Cervantes; mas nosotros que en ese punto no podemos conformarnos con su opinión, nos desentenderemos de su *Persiles* y aun de él mismo, como imitador de la escuela italiana, para considerarle solamente como escritor ingenioso, original y aun inimitable. Tal y tan diferente del anterior me ha parecido siempre el que tuvo toda la fuerza necesaria de imaginación para concebir y desempeñar con feliz éxito la fábula del *Quijote*. Permítaseme antes de todo indicar brevemente los fundamentos que tuvo Cervantes para escribir esa novela.

No me detendré, por no ser prolijo, á formar, como sería necesario, la historia de la decadencia del poema épico, origen natural de las novelas; sus diversas fases; el gusto variable de los pueblos en ese género de literatura; las causas que han debido producir esas mismas variaciones; y las diferentes formas con que se ha presentado el idealismo á la imaginación humana, buscando siempre lo sorprendente y maravilloso ya en la naturaleza, ya en los ensueños de la fantasía, según las costumbres, legislación y espíritu religioso de los pueblos. Porque si bien semejante examen nos demostraría la lenta degeneración de la grandiosidad épica, y de que manera iba tomando el carácter particular de las generaciones que la admitían, conforme al gusto, necesidades y exigencias de pueblos que nada han tenido de común con los que primero comunicaron á la epopeya su aliento y el entusiasmo de su imaginación; tan prolijo examen excedería los límites de un periódico, y reclamaria de justicia más diestra pluma que la mía. Me limitaré por lo tanto á decir, que desde fines del siglo XV comenzaron á resonar en Europa las hazañas de aquellos valerosos paladines que en la tierra Santa y en las frecuentes contiendas con los señores feudales, hicieron generoso alarde de su denuedo y valor en los combates; porque este es el punto de partida de las historias caballerescas, y sus monstruosas fábulas el objeto de la festiva burla de Cervantes en su *Quijote*.

La época á que comunmente se refieren las aventuras de aquellos arrojadados campeones, es precisamente la que medió entre la total decadencia de las letras y su restauración; esto es, la época de mayor oscuridad y barbarie; época en que perdida hasta la memoria de la antigua civilización, y predominando el desconcierto político de los pueblos venidos del norte, ni los príncipes te-

nían la necesaria autoridad sobre sus súbditos, ni los grandes respetaban el poder de unos monarcas que nada eran desde el momento en que ellos les negasen su apoyo, ni los habitantes, sometidos á la despótica arbitrariedad de los señores, podían disfrutar del sosiego y seguridad que de ningún modo podía otorgarles la impotencia de las leyes, supeditadas por la mas poderosa de la espada.

Inútil era, por cierto, en semejante crisis social, que algunos de aquellos valientes paladines, en cuyos pechos resonaba la voz de la justicia y de la humanidad, tomasen sobre sus hombros el grave cargo de reprimir la insolencia de los poderosos, de amparar al débil, de proteger la viudez y la orfandad, de dar su apoyo al menesteroso y desvalido, de desagraviar por fin á la religión y á la sociedad entera, altrajadas por los bárbaros desenfuegos del feudalismo. Aislados, sin unidad de plan, sin concierto en sus desiguos, sin el apoyo de las leyes, sin la autoridad que dá la opinión pública, cuando puede manifestarse unánime, libre y espontáneamente, los esfuerzos de aquellos guerreros generosos lejos de producir el bien, tan solo contribuían á acrecentar el mal. La sociedad era entonces un perpetuo campo de batalla en donde ya no se contendía por el bienestar de la misma, sino por satisfacer el encono, la venganza, y las odiosas rivalidades de individuos y de familias particulares. No era posible, pues, que habiéndose sustituido á la razón el agravio, al derecho la fuerza, pudiera ser oída la voz de la justicia ni la de la conveniencia pública; puesto que la cuestión consistía no ya en discutir, colocar en su trono á la verdad, y reorganizar la sociedad entera, sino en sofocar el grito de la razón, pelear y vencer, y destruir el edificio social á trueque de levantar, aunque fuese sobre sus ruinas, el tiránico imperio de la espada.

Tal era el estado político y moral de la sociedad en la época conocida con el nombre de la *edad media*; estado que tan solo el espíritu de paz de la religión cristiana pudo aunque lentamente hacerle variar de aspecto. No me detendré á señalar los medios canónicos de que para ello se valieron varios concilios, incluso el de Letran del año 1179, ni de la ley llamada *tregua de Dios*, ni la prueba legal del *duelo*, con la cual reduciendo á combate singular lo que podria ser querrela de muchos, evitaba la mayor efusión de sangre, ni tampoco la que prohibía esos combates en los domingos, como días destinados al culto y la devoción; porque además de hacer dilatado este artículo serviria únicamente para manifestar los medios indirectos de que se valió la iglesia para poner coto á la sangrienta ferocidad de aquellas edades.

Mas tal vez hubieran sido infructuosos la influencia de la autoridad religiosa, y los esfuerzos de la temporal si la empresa de las cruzadas no hubiera llevado en pos de sus banderas una nobleza bulliciosa y turbulenta, y multitud de oscura plebe, cuyo elemento era el desorden, cuyo patrimonio consistía en sus crímenes: esta emigración y la mayor cultura que á su regreso habían adquirido los cruzados, contribuyeron poderosamente á cambiar el aspecto social de los europeos, consolidando la autoridad pública, y dando vigor y estabilidad á las leyes.

Pero aun cuando el siglo XV fue respecto de los anteriores lo que una planta hermosea por el cultivo en esteja con otra silvestre, no podía, sin embargo, olvidarse la memoria de aquellos furorosos adalides que sin esperanza de recompensa arrostraban impávidos la muerte buscando ocasiones en que pudieran dar socorro y auxilio al oprimido, defensa y protección al débil y menesteroso. Porque verdaderamente este proceder heroico

CUENTO DE LA ALHAMBRA.



A notable inclinacion del pueblo español á las historias maravillosas le proviene sin duda del Oriente: por eso las provincias meridionales de la Peninsula, que los sarracenos poseyeron mas tiempo y mas recientemente que las demas, son las que mas propension tienen á aquellas: allí las ideas, las imágenes, todas las formas del discurso han debido conservarse, y conservan en efecto mas vivos y mas brillantes los coloridos y el reflejo de los árabes.

Las palabras ó los caracteres mágicos, los maleficios, los talismanes, los amuletos, los hechizos, los tesoros encantados defendidos por dragones y monstruos terribles, componen por lo regular la trama de esos cuentos estrayagantes. La Alhambra, por la multitud de sucesos que se entrelazan á su historia, sería naturalmente una mina inagotable en este género, capaz de satisfacer con abundancia la insaciable curiosidad de un nuevo Haroun-al-Raschid.

En toda la extension de la vasta montaña, antes tan poblada, donde se eleva aquel palacio, no hay una roca, una rambla, una caverna, un barranco, un trozo de muralla levantado, un escombros de atalaya que no ofrezca algunas reminiscencias del singular periodo musulman, y que la imaginacion de sus sucesores no haya tenido la habilidad de hacer aun mas original. Sobre la principal cima de aquella montaña del Sol se observa una profunda escavacion, cuya forma indica evidentemente una de las profundas cisternas en que los moros recogian cuidadosamente su elemento favorito en su mayor pureza. Pues á los ojos de los granadinos es la entrada de un inmenso subterráneo, en el que Boabdil, refugiado con toda su corte, permanece tres siglos há, retenido por un encanto, y de donde sale una sola noche al año para visitar silenciosamente su antiguo dominio.

Aünquen que si se mira á Granada desde lo alto de Sierra Nevada durante el paseo nocturno de la real fantasma, no se ve la catedral con su media naranja, ni las iglesias con sus campanarios, ni los conventos con sus claustros; sino que en su lugar se distinguen mezquitas y minaretes, superados por la orgullosa media luna en vez de la sagrada cruz.

Aseguran también, que cuantos han intentado descender á la caverna en cuestion no han vuelto á ver la luz; y que si se arroja una piedra, atraviesa durante algunos segundos un vacío inmenso, hasta que, encontrando la punta de una roca, choca en ella con un estrépito semejante al de cien rayos encontrados, que al cabo de un nuevo intervalo muy abajo, muy abajo se precipita, silbando en un lago, y todo queda en silencio; mas este silencio no es muy duradero. El abismo parece conmoverse. Repentinamente un débil murmullo, un sordo zumbido se eleva de la inmensa profundidad. El estrépito se aumenta, crece y se aproxima, semejante al tumulto confuso de una multitud agitada con un terrible choque de armaduras y ruido de timbales, como si algun ejército sorprendido se formase rápidamente en batalla en las entrañas de la tierra.

Pero la siguiente novela nos dará ocasion de volver á hablar sobre esta tradicion,

EL COMANDANTE MANCO Y EL SOLDADO.

Entre los gobernadores que hubo en la Alhambra en ocasion en que aquella fortaleza se hallaba en mejor estado que en el día, se cita á un comandante *Manco*, nombrado así porque habia perdido un brazo en la guerra.

Casi contemporáneo de los señores feudales, y no menos penetrado que estos de la importancia y privilegios de su elevada posicion, afectaba la misma irreverencia, las mismas rivalidades con respecto al capitán general de la provincia, que el otro con respecto al monarca no ignoraba que las altivas tortes que él mandaba habian tenido mas de una vez en jaque á Granada y todo su reino; de forma que arrebatado por su hinchada vanidad á aquellos tiempos heroicos de la Alhambra, se complacia en afectar un aspecto terrible desde lo alto de aquellas almenas, y acostumbraba decir que «cuando sacaba su espada temblaba Granada.»

Sin embargo, el terror respetuoso que se preciaba inspirar no era demasiado conocido, ni pudo preservarle del pesado chasco que vamos á referir.

En una hermosa madrugada de San Juan la última patrulla de la noche recorria los muros de Generalife para atravesar á la Alhambra, cuando strajeron su atencion los pasos de un corcel, á los que se mezclaban los acentos de una voz áspere y varonil, que repelia una canción de guerra castellana. La patrulla hizo alto, y poco despues se encontró á corta distancia de un vigoroso escudero, de color atezado, con barba poblada, cubierto con el casco usado de un infante, y conduciendo por la brida un soberbio caballo árabe, enjazzado á la morisca.

¿Quién vive? gritó el comandante de la ronda, admirado de tal encuentro. — Un pobre soldado que viene de la guerra con la bolsa vacía y el cráneo roto, replicó el extranjero.

Y efectivamente tenia la frente ceñida con una venda negra, y los restos de su uniforme estaban demasiado taidos; pero no por eso dejaba de parecer un truan alegre y determinado.

— ¿Puedo yo saber, continuó mirando de alto á bajo al gefe, como quien trata de orientarse, qué ciudad es esa que está al pie de la montaña? — ¿Esa ciudad? contestó el otro mas sorprendido aun, par diez! esto es muy raro.... Estar en la montaña del Sol, y preguntar el nombre de Granada! — Granada?... ¡Madre de Dios! es posible? — Puede que no, replicó el otro en tono chocarero: ¿y quién sabe si ignoraréis también que teneis á vuestra vista las torres de la Alhambra? — ¡La Alhambra! dijo el soldado estremeciéndose: mi sargento, no os burleis!... Si en efecto es la Alhambra, tengo cosas bien extrañas que revelar á su gobernador. — Pues yo os lo facilitaré bien pronto, replicó el gefe de la patrulla, porque tengo intencion de conducirlos á su presencia.»

Y al mismo tiempo se apoderó de las riendas del alazan, colocó al soldado en medio de los suyos, y la tropa siguió las márgenes del Darro para entrar en la ciudadela por la calle de los Gomeles. Al llegar delante de las ruinas de un puente morisco, por el que antiguamente se comunicaba la Alhambra con la casa de la Moneda, el caballo árabe se detuvo de repente, y se resistía á pasar, haciendo corbetas, y sacudiendo los frenos. No pudiendo lograr que pasase, el sargento se dirigió al preso, el cual se aproximó sin vacilar, y con el dedo pulgar hizo una doble cruz sobre la frente del alazan, y el animal continuó pacíficamente su camino.

Entre tanto los ociosos y las comadres se habian reque-

nido. — Es un brujo, decía uno. — Un contrabandista, afirmaba otro. — Un bandolero, repetía el tercero. — Brujo ó bandolero, replicaban las comadres, bien pilla necesita ser para escapar de entre las uñas del comandante Manco, aunque no tiene mas que un brazo.»

Cuando informaron á este eminente personaje de que habían sorprendido á un sujeto sospechoso, rondando al rededor de la Alhambra, acababa de tomar su jícara de chocolate en compañía de su confesor, que era un reverendo franciscano, y de la sobrina de su ama de gobierno, jóven malagueña, cuyos ojos negros, según los mal-dicientes, poseían flechas capaces de traspasar el corazón de bronce del gobernador, que, según decían, se humanizaba á veces con ella. Pero dejemos esto á un lado, porque no es prudente entrometerse en los negocios domésticos de los poderosos de la tierra.

Después de haberse rizado el vigote cuidadosamente, al comandante Manco se ciñó su prolongada espada, tomó un aspecto imponente y áspero, y mandó que hiciesen entrar al arrestado. Presentóse este escoltado por el sargento y sus soldados, y al golpe de vista escudriñador de su excelencia contestó con un continente imperturbable y despejado, que agradó muy poco al antiguo guerrero.

— Aensado (dijo por fin el gobernador, reclinándose magistrosamente en un ítemto camapé, forrado de terciopelo carmesí) ¿qué tenéis que exponer en vuestra defensa? ¿quién sois? — Un pobre soldado, que solo he sacado de la guerra tropezones y reumatismos. — Un soldado, eh?... Un soldado... en hora buena... Pero parece que habeis traído de la guerra, á mas de vuestros tropezones y vuestros reumatismos, un magnífico caballo árabe. — Es cierto. Y en cuanto á esto mismo tengo que hacer á V. E. comunicaciones; y comunicaciones de la naturaleza mas estraña y de la mas alta importancia para la seguridad de esta fortaleza y de Granada. Pero son secretos que no pueden confiarse sino á vos solo, ó á presencia de personas honradas con vuestra confianza íntima.

El gobernador mandó al sargento que se retirase á esperar sus órdenes. — Este santo varon, añadió, es mi confesor; podeis hablar delante de él: en cuanto á esta señorita, continuó señalando á la sobrina de su ama, que no parecia muy dispuesta á abandonar el puesto, esta señorita es la discrecion misma, y puede tambien oírlo todo. — No me oponga, replicó el soldado, dirigiendo á la doncella un saludo militar, acompañado de una mirada expresiva.

— Como decía á V. E., soy un soldado viejo que cuento mas heridas que campañas. Pero habiendo concluido mi tiempo, recibí mi licencia en Valladolid, y me puse en camino para mi pueblo en Andalucía. Ayer tarde atravesaba á pie una dilatada llanura de Castilla la Vieja... — Alta ahí, interrumpió el gobernador; debo hacer os observar que de aquí á Castilla la Vieja hay mas de cien leguas. — No digo que no, contestó tranquilamente el soldado; pero he prevenido á V. E. que tenia cosas estrañas que referir, como podreis juzgar si os dignais prestarle atención. — Continúa, replicó el gobernador retorciéndose el vigote.

— Atravesé una estensa llanura, prosiguió el extranjero, cuando el sol se puso. En todo cuanto alcanzaba mi vista no distinguia ningun rastro de habitacion, y me persuadí de que si quería dormir tendria que hacerlo en el suelo con mi mochila por almohada, y el firmamento por tienda. Pero V. E., que ha hecho la guerra, sabe que á un soldado le importa poco el pasar una noche á la lana. — El gobernador hizo con la cabeza un signo afir-

mativo, sacando su pañuelo al mismo tiempo para retirar el vigote que cosquilleaba los lados de sus narices.

— Sin embargo, continuó el soldado, proseguí marchando hasta llegar á un puente suspenso sobre un barranco, por el cual corría un arroyuelo casi seco por el calor. El otro extremo del puente estaba obstruído por los escombros de una torre morisca enteramente derrubada; pero con una bóveda bastante bien conservada en los cimientos. Por de pronto he aquí mi albergue, exclamé, y apostaría á que V. E., que ha hecho la guerra, hubiera sido de mi opinion. — Peores los he tenido yo en mi tiempo, contestó el gobernador abanicándose con el pañuelo.

— «Pero ante todas cosas, continuó el soldado, descendí al barranco á refrescarme, porque mi paladar estaba hecho una horquilla, y el agua era bien fria; luego abrí el morral, saqué una cebolla y algunos mendrugos, únicas provisiones que llevaba, y me senté á la orilla del arroyo para empezar mi cena. Apenas habia tragado el primer bocado, cuando me pareció oír un ruido subterráneo. Escuché; eran las pisadas de un caballo, y en el momento salió por entre una abertura practicada en los cimientos del edificio un hombre que conducía un caballo por el diestro: difícilmente podia yo distinguir á la claridad de las estrellas aquel personaje misterioso; y creo que semejante encuentro á aquellas horas y en medio de las ruinas hubiera agradado bien poco á cualquiera otro vlegero. Pero yo que, gracias á Dios y á mi bolsa vacía, nada tenia que perder, continué tranquilamente despachando mis menudrugos. El recién venido conducía su caballo en direccion del arroyo, de forma que pudo fácilmente examinarle de cerca, y vi con sorpresa que estaba vestido y armado como los antiguos moros. Su caballo estaba igualmente enjezado á la oriental con grandes estribos cortados en forma de pala: metió la cabeza en el agua hasta los ojos, y parecia beber hasta reventar.

— «¡Voto á San! camarada, dije sin mas preámbulo á su amo, que vuestro caballo tenia sed. — No lo creo, respondió el extranjero con acento africano: hoy hace un año que no habia hecho otro tanto. — Por Santiago, replicó, que eso ya es exceder á los camellos y á los dromedarios que he conocido en Africa. Pero vamos á ver; pues que tenéis el aspecto de un soldado, ¿queréis disfrutar de la merienda de un soldado? — Porque la cierto es que no me habiera disgustado el tener compañía, aunque fuera la de un infiel, para distraerme en aquel lugar áspero y solitario: V. E. no ignora que los soldados de todos los países y de todas las creencias son amigos en tiempo de paz.» El comandante Manco hizo una nueva señal de asentimiento.

— «No tengo tiempo para detenerme á comer ni á beber; tengo que hacer un largo viaje antes de la salida del sol. — ¿En qué direccion? — En la de Andalucía. — Precisamente á mi camino!... Camarada, ya que no habeis aceptado mi cena, deberíis permitirme montar con vos en ese caballo que me parece bastante fuerte para llevar doble carga. — En hora buena, contestó. Y es preciso convenir en que despues del ofrecimiento tan franco que yo le habia hecho, hubiera sido muy poco generoso en negármelo. Saltó, pues, en la silla, y yo en la gurrupa. — Teneos firme, me dijo; mi caballo marcha como el rayo. — No tengais cuidado por mí, le contesté, y partimos.

«De la andadura pasó el caballo insensiblemente al trote, del trote al galope, y del galope á un paso que, sin duda no tiene nombre en términos de equitacion, ni en ningun idioma sublime. Era una carrera que escapaba á la velocidad de los huracanes: por mejor decir, no

corriamos, que volábam, y no como las aves, sino como las flechas, como las balas de los mosquetes. Rios, rocas, valles, colinas parecían huir en remolico detras de nosotros. — ¿Qué ciudad es esa? pregunté á mi compañero. — Segovia, contestó, y ya el alcázar quedaba á nuestra espalda. — Esta sierra? — Guadarrama, y ya el Escorial estaba á nuestra vista!... Para abreviar tan dilatada historia, y no molestar á V. E., mi conductor, despues de haber atravesado á Madrid, Toledo, las campiñas de la Mancha, y yo no sé qué tantas ciudades sepultadas en el sueño, se detuvo repentinamente sobre la cresta de una montaña, diciéndome. — «Ya hemos llegado.» Yo miré el rededor, y solo pude ver la entrada de una caverna.

(Se continuará.)

LITERATURA.



ENEMOS á la vista una obra que acaba de ver la luz pública, cuyo título es *El movimiento de España, ó sea historia de la Revolución, conocida con el nombre de las Comunidades de Castilla*, escrita en latin por el presbítero D. Juan Maldonado, autor contemporáneo, y aun testigo presencial de muchos de los sucesos que refiere. Este libro le ha vertido al castellano con suma exactitud y precision, é ilustrado con varias notas y documentos el presbítero Don José Quevedo, bibliotecario del Escorial.

No pertenece la narracion histórica que anunciamos al género elevado y magnífico que presenta las revoluciones de los imperios en un cuadro grandioso de estudiadas proporciones en donde solamente se vea de lleno los sucesos mas importantes, los resultados felices ó funestos á que dieron motivo, y las reflexiones morales y políticas que deduce el historiador para señalar á las naciones y á sus gobernantes la senda que deben seguir para conservar ilesta la integridad de sus respectivos fueros. El *movimiento de España*, antes que historia, pudiera llamarse conferencia familiar entre algunos amigos sobre las causas que produjeron aquella revolucion, y los lamentables excesos á que dió lugar el furor de los partidos. Los curiosos pormenores referidos por Maldonado con suma sencillez, y con todo el aspecto de la mas severa imparcialidad, del levantamiento de las ciudades de Castilla, como tambien aunque con mas brevedad, de las germánicas de Valencia, hacen sumamente interesante ese libro á cuantos desean conocer á fondo los móviles ocultos, los que parecen mas insignificantes en los sucesos de importancia, y que sin embargo contribuyen poderosamente á promover y acelerar el curso de las revoluciones. Porque así en estos, como en todos los acontecimientos que de algun modo influyen en la suerte próspera ó adversa de la especie humana, detras del motivo aparente que los promueve, se esconden por lo comun intereses privados que dan el impulso sin ser conocidos de la muchedumbre, y que rara vez aparecen á toda luz en las historias magnas de los pueblos. Eso es precisamente lo que desea conocer el observador estudio-

so, y eso lo consigue tan solo con la lectura de obras semejantes á la de que se trata.

Felicitemos cordialmente al traductor por el importante servicio que ha hecho á la literatura, salvando del olvido en que yacia ese antiguo manuscrito del siglo XVI, recomendable por la utilidad que de él puede sacarse para rectificar algunos hechos de esa parte interesantísima de nuestra historia. ¡Ojalá que de igual manera lograsen salir del polvo de nuestras bibliotecas multitud de preciosos manuscritos que ignorados hasta de los curiosos, ninguna utilidad reciben de ellos, ni las ciencias, ni la historia, ni la literatura en cuyo obsequio se escribieron!

LAURA.

LEYENDA HISTÓRICA.

I.

AL pie de negro castilla
negros pesares lamenta
palacín de negras armas,
que en negro corcel campea.

Negras sombras le hacen sombra,
y es su fortuna tan negra,
que solo de negra noche
la oscuridad le deleita.

Y le deleita el recuerdo
de sus mal calladas penas,
pues cuando á voces las dice
con decir las se consuela.

Y ellas de Laura al oído
en mil suspiros envueltas,
fieros rigores murmuran,
tiernos amores revelan.

Y la hermosa castellana
mas blanda que blanda cera,
cuando se queja el amante,
tambien llorando se queja.

Y no llora desamor,
ni celos su alma atormenten,
que el brazo de su guerrero
banda roja ciñe en prenda
de que juntos le acompañan
valor y amor en la guerra.

Y haciendo de amor alarde,
y de valor dando muestra,
ostenta en el ancho escudo
con este mote dos flechas;
*En lo de amor y vencer
no hay paladín que me venza.*

Llora Laura en la ventana
de la triste fortaleza
estorbos que á sus amores
opone cruzada roja.

Y con sus labios la toca,
y entre sus labios la estrecha,
creyendo que á tanto fuego
los hierros dóciles sean.....

El caballero entre tanto
apoya la lanza en tierra,
y el crujir de su armadura
dice á Laura que se apea.

Mas de un suspiro retiene,
mas de una lágrima seca,
para esnechar de la trova
la adolorida cadencia.

Que no es la primera vez
que canta trovas, aquella,
paladin amartelado
por aliviar su dolencia.
Triste preludio de amor
hiere del laud las cuerdas,
que quien ama tristemente,
tristemente se querella.

Y luego con voz sonora,
á su dolor dando rienda,
alzó los ojos al cielo
y cantó de esta manera.

II.

El nombre querido de Laura la hermosa
allá en su garganta confuso espiró;
cruzó por su mente vision horrorosa,
que en odio iracundo su calma tornó.

De bulto siniestro la sombra escondida
se agita un instante con risa feroz,
y un hombre en la almena de faz denegrida
dirige al guerrero fatídica voz.

«En mal hora vengas; el vil caballero,
en mal hora vengas, el vil trovador;
si calzas espuela, si empuñas acero,
también tengo espada, también tengo honor.»

Y dice, y un guante colérico arroja;
á tientas lo busea sañudo el campeón,
y Laura entre tanto con fiera congoja
los hierros mordía de negra prision.

«Ya tarda el contrario», murmura el amante,
un ay! le responde... un ay! de dolor...
«la fuga... la fuga... Mas él arrogante,
que venga, replica, la muerte ó tu amor.»

Y entonces entona de amor la querella,
que amor en su pecho constante grabó;
brillaba en el cielo de amor una estrella,
estrella benigna que amor le brindó.

Y los amantes se vieron,
y sus ojos se encontraron;
y felices suspiraron,
y amores mil se digeron.
Y el laud volvió á sonar,
y aquel bulto á aparecer;
y Laura empezó á temer,
y el caballero á cantar.

Cantiga d' amores
vos rinde, señora,
quen fiel vos adora
con cuita é dolores.

Por ende favores
vos pide el garzon,
doleos, fermosa,
de pena angustiosa;
habed compasion.

Magüer acucioso
de hinojos, postrado,
fiducia he cobrado,
é calma, é reposo.

Agora dichoso
facerme deheis;
ca non ha ventura
la mia amargura,
si vos non queréis.

Mayor gentileza
¿quen vido en torneos?

¿Quén supo deseos
pagar con crudeza?
¿Quen pudo á terneza
non dar galardón?
Fermosa omecida,
catad mi ferida;
habed compasion.

III.

Aquí el trovador llegaba,
mas de repente calló,
que sordo ruido escuchó
de puerta que rechinaba.

Y otra vez el mismo bulto
aparecer misterioso
vió el trovador silencioso,
entre las sombras oculto.

Dos hombres poco despues
cara á cara se encontraron,
y altaneros se miraron
de la cabeza á los pies.

Cruzáronse dos espadas
á dos pechos dirigidas;
sobraba una de dos vidas,
una de dos estocadas.

El mas cobarde atacaba,
el mas valiente ofendía;
y el uno perder quería
lo que al otro le sobraba.

Y uno habia de vencer,
y uno habia de morir,
porque los dos existir...
eso no podia ser.

Vano fuera allí alegar
razón, justicia ó derecho;
ambos tenían un pecho
que ofrecer y traspasar.

Al fin un hombre cayó
sin proferir un quejido.
«Vive Dios, que estáis herido»,
el otro hombre pronunció.

«Hablad al punto, si es tal,
y en el reñir cesaré...»

«No me respondeis?...» «Sí, á fé;
muerto soy», dijo el rival.

Y nadie supo cual de ellos
fué el vencido ó vencedor,
ni á cual hicieron favor
de Laura los ojos bellos.

Que es tan antigua esta historia,
y yace tan olvidada,
como memoria pasada
que se pierde en la memoria.

Y solo una piedra allí,
en la torre de Guevara,
este suceso declara;
mas abajo dice así.

«En el bosque de la Encina
fiziéronse cruda guerra
el conde de Salvatierra
é D. Iñigo de Urbina.»

«E sendos golpes se dieron,
é muerto el conde fiacó,
é D. Iñigo se alzó
con Guevara. Ansi digeron
que á la infanta de Leon,
fija del rey D. Fernando,
fizo presa con su bando
del conde la sinrazón.»

«Rescatola sin ayuda
don Iñigo el esforzado...
lo que sigue está borrado;
será la fecha sin duda.»

J. M. DE ANDUEZA.